

Rosa Conde, Isabel Martínez  
y Amelia Valcárcel (eds.)



## Iberoamérica en la hora de la igualdad

## 4. ¿A QUÉ LLAMAMOS PARIDAD?

Amelia Valcárcel\*

Quiero agradecerlos, en primer lugar, a todas el esfuerzo del día de ayer; sé que es trabajoso afrontar una sesión tan larga, después de un viaje de tantas horas y con la diferencia horaria. Y la jornada de hoy no será muy diferente.

Yo quiero plantear exclusivamente el tema de la paridad. A intentar definir la paridad dediqué un par de proyectos de investigación que, en su día, fueron apoyados por el Instituto de la Mujer. Lo que tiene más mérito es que entonces creo que el Instituto de la Mujer estaba en manos del gobierno del Partido Popular (PP). Y esto es importante porque el PP no era partidario de la paridad, y sigue sin serlo, puesto que ha recurrido la Ley de Igualdad, obviamente. Pero al menos he de decir que yo presenté estos proyectos durante la etapa del PP y que durante esa etapa realicé este estudio.

Este estudio era parte de algo que tiene que ver con la tercera ola de feminismo, que es donde nos estamos desarrollando. Nos estamos desarrollando nosotras, si bien hay partes del planeta que están con la agenda de la primera ola. Voy a nombrar muy sucintamente cuáles son estas agendas, que incluyen aquellos temas que un momento histórico determinado logra hacer pasar a la primera fila, es decir, que son temas significativos.

La agenda feminista de la primera ola es una agenda exclusivamente polémica, porque, realmente, nadie cree que lo que las personas escriben pueda dar lugar a

ninguna transformación de la realidad, sino que se trata, simplemente, de hablar de ello. Es, pues, una agenda ilustrada.

Los temas de la agenda son: que las mujeres se casen según su inclinación y no sean casadas por sus padres hecho que, como sabemos, todavía ocurre en varios países de la tierra; que las mujeres puedan dedicarse al saber, que sería mucho. Madame de Châtelet, una gran ilustrada, la compañera de vida de Voltaire y la que hizo conocer a toda la Europa del continente los principios de la física de Newton, puesto que ella era física, en un delicioso discurso titulado *Discurso sobre la felicidad* escribe: «Los varones lo tienen todo. Detentan el poder, los ejércitos, los honores, las armas, los grandes empleos, déjenos por lo menos el saber, para que nos distraigamos.»

Esa vindicación del saber, en realidad venía de antes, venía del momento preciosista del siglo XVII, que es la primera vez que las damas, ciertas damas, se ponen a ejercer el saber. Ya sabemos cómo acabó aquello. Acabó en Molière, en sus obras «Las preciosas ridículas», «La escuela de las mujeres», «Las mujeres sabias», o sea, toda la denostación.

Ellas creían que como el saber realmente no parecía tan importante, en una sociedad profundamente aristocrática, basada en el honor y no en el mérito, ¿por qué el saber no podía ser una distracción honesta que las damas podían tener? Pues era que no. O sea, el saber ha demostra-

---

\* Catedrática de Filosofía Moral y Política de la UNED, España.

do ser muy resistente y, cuando pasamos a una sociedad conformada sobre valores burgueses, aún más resistente, porque el saber es una de las fuentes meritocráticas. Y no el honor, en el sentido de la nobleza de sangre, como lo era en la sociedad del antiguo régimen.

En cualquier caso, saber y libertad, una cierta libertad e inclinación para el matrimonio eran la agenda de la primera gran ola del feminismo.

La segunda fase fue más complicada, muy dura de ganar, durísima, pero gracias a ella estamos aquí. Porque era la entrada en todas las instituciones de educación, incluidas las instituciones de alta educación, que estaban prohibidas. Las primeras universidades se fundan en el siglo XI, pero ninguna mujer las pisó jamás. Simplemente, allí no se entraba. Eran universidades clericales, pero los grandes señores, por ejemplo, no desdeñaban un barniz de conocimientos clásicos. En los siglos XV, XVI, XVII, una mujer en la universidad era algo totalmente impensable; en el siglo XVIII, momento en que la universidad está en horas muy bajas porque realmente la universidad se ha anquilosado y el saber va a tener que reproducirse en otros sitios, como las academias reales fundadas por los monarcas de la época, pues, entonces, ni siquiera en un momento tan bajo de las universidades, las mujeres entran en ellas. Algunas, una o dos, entran en las academias reales y son una excepción. Y lo hacen en el momento inaugural, porque, cuando la institución se consolida, inmediatamente desaparecen.

A título de excepciones, bastantes mujeres han sido recibidas a lo largo de la historia en algunas instituciones, siempre que estén allí a título de excepción. ¿Y qué es lo que hace una excepción? Pues que confirma la regla. La verdad es que este es uno de los refranes más absurdos que yo conozco. Porque en Filosofía tenemos que estudiar Lógica y es odiosa, lógica formal y cosas así. Entonces, cuando tú llegas a un refrán como este –«la excepción confirma la regla»– ves que es una tontería, una sandez. Y no es verdad: una excepción es una excepción. Por lo tanto, la regla se ha ido al garete si aparece una excepción. Pero es que esto no reza para la teoría general de la ciencia, sino para el comportamiento humano, que no es del todo ajustado a las leyes de la lógica en su abstracción.

Cuando algo tiene una fuerte regla y la regla, por ejemplo, es «esta corporación es masculina», el hecho de que en esa corporación haya una sola mujer, dos mujeres, confirma que esa corporación, primero, es justa, es decir, donde hay talento, lo reconoce y lo lleva. Dos, que está bien formada, que solo hay ese talento, que no hace falta más, y, por tanto, la institución es justa. ¿Por qué no hay más mujeres? «Bien querríamos –dicen– pero contra la naturaleza no se va. Las hay, miradlas, aquí las tenéis. ¿Queréis un cuadro? Démosle todo honor a María Antoñita *No-sé-qué.*» Y María Antoñita, además, cree que, como la cooptan por excepción, es que ella es excepcional. Y entonces dice: «Todas las demás son como estos dicen. Porque Dios, en su infinita sabiduría, me ha dado los dones a mí; dones tan extraordinarios que, con humildad, me pongo entre estos que me acogen como una niña a la que adoran; soy

la niña de sus ojos.» Algo así como en la ópera *La fille du régimen*.

Entonces, en las grandes instituciones del poder y del saber, alguna mujer siempre puede estar por excepción, pero lo que no van a estar es las mujeres por regla. Porque no. Las mujeres son el *sexus secum*, son el sexo segundo. Y esto no lo ha querido nadie, es que es así.

Bueno, la religión cristiana algo hizo para explicarlo, porque era una explicación que recibió del Antiguo Testamento la religión judía, la cual la adquirió probablemente, estando en cautividad, de la tradición babilónica: las mujeres, claro está, han de estar sometidas a los varones, porque se lo han merecido, dado que condenaron a la humanidad a la enfermedad, el dolor y la muerte. Todas hicieron esto, todas pecaron en una; es justo, pues, que cada una padezca en su individualidad el mal que todas produjeron para la humanidad. Es la vieja historia de la madre Eva.

Para creerse la vieja historia de la madre Eva había que vivir en el siglo IV después de Cristo, que es cuando se empieza a representar esto, y esta iconografía pasa al cristianismo y es maravilloso ver cómo lo hace. Pero ni antes del siglo IV ni después del XVIII la madre Eva podía servir de explicación de la sujeción femenina.

Antes tenía una explicación mucho mejor que era la que había dado Aristóteles, que para eso es el filósofo por antonomasia del mundo antiguo. Aristóteles explica por qué las mujeres son inferiores en su propia naturaleza, porque todas son varones fallidos. Esto es: la naturaleza busca siempre la per-

fección en todo lo que hace, de tal manera que todo lo que surge de la naturaleza es perfecto. Pero puede haber fallos. Por lo tanto, la naturaleza, cuando concibe, concibe varón. Pero a lo largo del proceso algo se estropea, y lo que sale es una mujer.

¿Por qué notamos que las mujeres son inferiores? Pues no hace falta explicar esto porque simplemente se ve. Son frías, son húmedas, y ahí se coge la teoría de los humores y se les aplica. Ellas son, repito, frías, son húmedas, no son secas y ardientes, simplemente son de otra naturaleza y su naturaleza es inferior. Son nocturnas. Escojan todos los pares pitagóricos, las mujeres son pares, no son impares; las mujeres son noche, no son día; todas las ene antologías pitagóricas, todos los opuestos con los cuales la racionalidad va construyendo el discurso, es decir, sin esa dinámica de pares, no podríamos ni siquiera hacer discursos, pero es la primera que ha permitido establecer las ontologías más antiguas.

Bueno, pues ahí las mujeres son todos los pares de la parte de la derecha, que todos son inferiores a los de la izquierda. Por tanto, las mujeres son naturalmente inferiores y no hay nada más que contar, porque, además, nadie va a decir lo contrario. Es decir, que no hay ante quien argumentar lo contrario, porque no tiene sentido, todo el mundo está convencido, ellas también. Ya está.

Problema en el siglo XVIII: que al empezar la gran polémica ilustrada, algunas y algunos dicen cosas que siguen el pensamiento de Descartes. Descartes soltaba cosas terribles, era un racionalista absoluto, y decía: «Del pasado no hay nada que se pueda aprender». Y la razón es porque pro-

bablemente todo sea o una mala costumbre, o un error. Y entonces alguien dice: «Esto de la sujeción de las mujeres, ¿no será una de esas malas costumbres o errores adquiridos que hemos ido arrastrando? ¿Realmente hay una inferioridad natural de las mujeres?»

Porque cuando los varones hablan con las mujeres que ellos conocen, no las ven especialmente inferiores; cuando hablan con su madre no la suelen ver especialmente inferior, con su hermana tampoco, con su mujer ya hay más dudas... eso depende. Con sus hijas puede que tampoco. Y con todas las demás, por supuesto, probablemente sí.

Pero hay una cierta altisonancia empírica, del conocimiento práctico, respecto de qué es verdad en la afirmación de que las mujeres son tan inferiores. Pero elevar esto a categoría, cuesta los cien años de la polémica ilustrada, donde la cosa es: pero vamos a ver, ¿cómo es que las mujeres son inferiores. ¿Por qué? ¿Por la madre Eva? Vete tú a contarle a alguien en un siglo deísta la vieja historia de la madre Eva. Pero entonces sucede que el filósofo ya no sirve para nada, aquel del cual depende que la ciencia se haya estancado, Aristóteles, de repente es vindicado para esto. «Ya el maestro Aristóteles dijo que las mujeres eran inferiores».

Y lo son por naturaleza. Son físicamente inferiores, naturalmente inferiores, mentalmente inferiores, moralmente inferiores. Y no pueden salir de su inferioridad porque su inferioridad es natural, es decir, no es querida por nadie; es la propia naturaleza la que las hace así.

¿Por qué logran sobrevivir? Pues Jean-Jacques Rousseau, afortunadamente, lo sabía. Todo lo que tienen que hacer para sobrevivir y lo único que tienen que estudiar es cómo sernos agradables, porque su vida depende de nosotros. De manera que tienen que ponerse a ello, porque todo su talento y toda su ciencia es resultarnos agradables. Porque todo lo que de ellas vale, depende de la opinión que nosotros tengamos sobre ellas.

Suena desagradable, ¿verdad? Pero es así. Contra esto se tuvo que batir toda la segunda ola del feminismo, el feminismo que acabamos llamando sufragista: batirse para conquistar la plenitud de los derechos educativos y los derechos políticos.

Para esto tenemos la magnífica Declaración de Seneca Falls<sup>1</sup>, que yo creo que no está de más tenerla siempre enmarcada en el despacho, junto a imágenes de antepasadas, declaraciones importantes, cosas que nos recuerden cómo estamos en el mundo y a quién se lo debemos.

---

<sup>1</sup> La Convención de Seneca Falls, fue la primera convención sobre los derechos de la mujer en Estados Unidos, realizada del 19 de julio al 20 de julio de 1848 en Seneca Falls (Nueva York, EEUU), y a menudo se la considera el nacimiento del movimiento feminista. Organizada por Lucretia Mott y Elizabeth Cady Stanton. Como resultado se publicó la Declaración de Seneca Falls (o Declaración de Sentimientos, como ellas la llamaron), un documento basado en la Declaración de Independencia de EEUU en el que denunciaban las restricciones, sobre todo políticas, a las que estaban sometidas las mujeres: no poder votar, ni presentarse a elecciones, ni ocupar cargos públicos, ni afiliarse a organizaciones políticas, ni asistir a reuniones políticas. [N. del ed.]

Hoy hemos visitado el Congreso de los Diputados y allí hemos visto la mesa de Clara Campoamor. No hemos visto el busto, porque últimamente está debajo de una escalera... pero está allí. Gracias a ella, gracias a que se jugó su futuro político –que por cierto lo perdió porque se vengaron y no la pusieron nunca más en ninguna lista–. Gracias a Clara Campoamor, digo, en las Constituyentes del año 1931, aquí en España, las mujeres obtuvimos la capacidad de votar en las elecciones, igual que lo hicieran los varones.

Y fue un debate extraordinario de tres meses. Yo hice un estudio sobre él porque aquello fue antológico, pero imagino que en cada uno de sus países ese debate también tuvo lugar y hubo alguien que se puso al frente. Pues bien, a esa –o a ese– que se puso al frente hay que darle el honor que merece. Porque no tenemos ningún derecho a desprendernos de la memoria. Si nos desprendemos de la memoria sucede lo siguiente: parece que estamos aquí desde siempre, que esto no ha tenido nunca historia, o –lo que es peor– que nos han hecho una benévola concesión.

«¡Ay chicas!, nos hemos dado cuenta de que las mujeres sois muy valiosas, sois la mitad de la humanidad». Ya. ¿Y qué? No veas lo bien que han vivido sin la mitad de la humanidad. Solo nos necesitaban como decía D. Francisco de Quevedo: «Solo las necesito en una ocasión. Y allí, que no sean frías». Me imagino a qué ocasiones se refería el insigne escritor.

A título de excepción, siempre puede haber una mujer. Y a título de excepción, las mujeres han estado en todos los espacios

de poder hasta la tercera ola de feminismo. No, no, nuestro mundo nunca ha sido tan plenamente masculino como otros tipos civilizatorios; en nuestro mundo siempre ha habido alguna, pero a título de excepción. Eso confirma la justicia del orden y, por supuesto, que la institución misma de poder es benévola. Y que las demás mujeres, las que no son aquella de la excepción, simplemente es que no dan la talla, no llegan al nivel. Por tanto, el orden patriarcal, en sí mismo, es justo. No hace subir a lo que no puede subir, porque contra la naturaleza no se puede luchar; sería igual que luchar contra la ley de la gravedad. Si las mujeres son espontáneamente inferiores, pues ¿qué le vamos a hacer? Nada podemos hacer para remediarlo.

Mientras, además, las mujeres no podían entrar en la educación superior, ¿cómo iban a demostrar sus talentos, en una sociedad que se hace meritocrática y que estima que el talento, justamente medido en los méritos, es lo que se puede exhibir? Pues, si les cierras la puerta, son naturalmente inferiores y su capacidad de dejar de serlo, digamos que no existe. Porque el único canal meritocrático admitido, no se lo dejass andar.

Por tanto, la lucha tuvo que ser doble. Por los derechos educativos y por los derechos políticos. ¿Además de qué? Además de la lucha por los derechos civiles, claro está, porque todas las codificaciones napoleónicas dejan a las mujeres mucho peor que habían estado las grandes damas en el pasado.

O sea, todas las mujeres son declaradas menores de edad perpetuas. Están en manos de su padre, en tutela del padre, en manos del marido, y son tuteladas por sus hi-

jos. Y no tienen derecho a disponer ni de las propiedades que posean por sí mismas. Había unos bienes que se llaman parafernales, que son los que traes tú de tu casa, que es tu marido quien te tiene que autorizar a tocarlos. Por ejemplo. Entonces, nada, ser mujer es estar en este estado.

¿Qué pasa con la tercera ola de feminismo? Nace realmente en los alrededores del 68. Es sumamente contracultural. Tiene graves déficit, porque se ha conseguido la igualdad en la mayor parte de los sitios; las mujeres adquieren derechos políticos después de la segunda guerra mundial. Se extiende, digamos, la moda –esto ha sido dicho con mucha malevolencia, pero es así– de que las mujeres pueden votar, después de todo. Tienen derechos políticos.

¿Los derechos educativos? Pues para las clases superiores, obviamente, pues algunas mujeres, no todas, excepcionales de nuevo, pueden concurrir a las instituciones de alta educación, porque tienen una inteligencia de la que manifiestamente harán buen uso. Sigue existiendo el consejo médico de que a las mujeres no se les haga ejercitar demasiado la inteligencia, porque los órganos, el cerebro y el útero están en una relación tal que, si el cerebro se desarrolla demasiado, el útero se estropea. Si la labor fundamental de las mujeres es ser madres, lo que tienen que hacer es ser madres y parir. Si utilizan demasiado su cerebro, los órganos genésicos –que se dice así para que no quede feo– sufren una reducción y se hacen más débiles.

La primera mujer que consigue doctorarse en España se muere de parto y hay muchos artículos en la prensa que dicen:

«¿Veis? Ya lo decíamos nosotros. Esta mujer había desarrollado muchísimo su cerebro, a costa de...» Es decir, nada en la naturaleza es casual; si tú desarrollas una cosa, vas a tener otra que no funcione. Igual que sucede con el cuello de las jirafas.

La tercera ola tiene una agenda fortísima, es la agenda de «Mi cuerpo es mío», que, como bien saben, en la mayoría de sus países está por cumplir. Su cuerpo es de quien el Estado decide graciosamente. La otra parte es: lo personal es político. ¿Cómo que a mí me pasan cosas que solo me pasan a mí? ¿acaso no hay mucha gente a la que le pasan?

Y la tercera está subliminando todo esto, que es el tema entre varones y mujeres, no es de amor o desamor, o de complementariedad, o de no complementariedad; es un tema de poder. Es interpretar en clave de poder la relación que existe entre varones y mujeres. Y eso no lo ha hecho ni siquiera el feminismo sufragista, o por lo menos, si lo pensaban, desde luego, no lo decían. Me temo que alguna lo pensaba, pero no se podía hacer explícito. Este es un tema de poder.

¿Cómo se soluciona? Una de las estrategias que hemos visto es naturalizar la desigualdad, y ésta es la mejor estrategia. Todas las sociedades que son jerárquicas intentan naturalizar la desigualdad. ¿Por qué? Porque eso permite que la jerarquía sea mucho más rápida funcionando. Hay una fluidez jerárquica mucho más grande si la desigualdad está naturalizada.

Obviamente la democracia está basada en la idea de igualdad, con lo cual, naturalizar

la desigualdad, dentro de un sistema que es democrático, es sumamente complicado. Tú tienes que decir que todos son iguales. Si después las mujeres no consiguen cosas, ¿cuál es la explicación? Ya no puedes decir que son naturalmente desiguales. Es decir, la desigualdad en una democracia no es buena cosa. Entonces te tienes que encontrar una palabra mágica. Tienes que decir: «Sí, sí, son iguales pero diferentes».

Y aparece la deliciosa categoría de diferencia que, aplicada en el campo de lo político, significa simple y llanamente: “Renuncie usted a unas cuantas cosas de aquellas que la igualdad política supone, porque lo suyo es que porta usted una diferencia de tal categoría, en realidad tan excelsa, tan grande, tan respetable para todos, que no importa, o sea, que usted sale ganando”.

Lo peor no es esto, porque se ve la trampa; lo peor es cuando ellas van y se lo creen y dicen: «Qué diferentes somos. Cuán llenas de cualidades totalmente distintas estamos».

No, lo siento, yo quiero ser como todos los demás. O sea, de lo que haya que repartir, quiero la mitad. Y si lo que hay que repartir es algo no muy presentable, quiero la mitad de lo que no sea presentable. Por ejemplo este discurso sesentayochista delicioso y contracultural: “Las mujeres han estado fuera del poder, eso las mantiene incontaminadas, han estado fuera del logos del padre, no son falocéntricas. Son una cosa totalmente diferente, por eso son la esperanza de la humanidad”.

¿Qué? No hijo, no. Yo quiero ser alcalde de mi pueblo, a mi déjame de tonterías, a mí

el *falo* eso ya me lo administraré yo, como Dios me dé a entender, y no me empieces a decir lo que tengo que hacer, que lleváis haciéndolo demasiado tiempo.

O sea, para rollos de estos, derecho al mal:  
– «El poder es muy malo»,  
– «Sí, pero quiero la mitad»,  
– «Pero si es malísimo...»,  
– «Sí, pero a ti no te sienta tan mal. Si no tuvieras poder, no me estarías diciendo lo que yo tengo que hacer. Te lo estaría diciendo yo a ti.»

No vamos a imaginar que el camino de la libertad nos lo vayan a haber barrido y que, previamente, nos han puesto una alfombra para que desfilemos por él. Porque no es así. Está lleno de trampas y... bueno, cuesta mucho seguirlo. Y hay que ir viendo cada una de esas trampas. Naturalmente a éstas siempre las ven las vanguardias, porque, como son las primeras que van, caen en ellas de diversas maneras y los moratones condignos, los llevan. Pero por eso hay que avisar a la parte del medio, porque a veces la parte del medio es tan simpática, que no ha visto como se cae la vanguardia, en realidad ni siquiera se ha enterado de que aquello es la vanguardia. Entonces va caminando tranquilamente y dice: «Vaya, aquí hay unas tiradas a los lados que parece que han sido machacadas ¡qué tontas!»

Está con nosotros Consuelo Flecha, que es la mayor especialista en educación en este país, en historia de educación de las mujeres. En la Universidad de Sevilla –en la universidad, que no en el bachillerato– una chica tuvo que soportar que la escupiera toda su clase cada vez que entraba y



salía del aula. Otra, que aprendiera a leer metida dentro de un confesionario, porque la clase la daban en una iglesia que se había secularizado y, para no tenerla delante y que los chicos se distrajeran, la chica estaba dentro del confesionario metida, tomando las lecciones.

Las mujeres que fueron por primera vez a la universidad el día 5 de octubre de hace cien años fueron recibidas a pedradas por los queridos compañeros, y la cosa tiene su épica. La cosa tiene su épica y no tenemos ningún derecho a conocerla solo nosotras y a que no la conozca el resto. Porque el camino a la libertad se hace porque las mejores de las personas se comprometen con la libertad y ganan libertades para ellas y para otras. Y nosotras estamos aquí porque nos han ganado el derecho a la alta educación, y nos han ganado los derechos políticos, y no hemos tenido que luchar por la mayor parte de los derechos civiles.

Bueno, aquí en España, sí, porque como el franquismo –al que llamamos también amablemente, a veces, el sultanato– nos devolvió a una condición que más o menos en el siglo XIII estaba muy de moda, y, en el momento de la Transición, hubo que volver a ganar todos los derechos civiles. Y entonces, quienes estabais en el Parlamento, como por ejemplo Rosa Conde, tuvisteis que volver a poner en la Constitución los derechos políticos, y tuvisteis que poner los derechos educativos, y tuvisteis que volver a ponerlo todo, porque había desaparecido... De la misma forma, hubo que volver a luchar por el divorcio, porque no había. Pero esto fue una retracción, lo cual indica claramente que las

retracciones siempre son posibles. Este país sufrió una involución enorme.

Si el feminismo de la tercera ola interpreta en clave de poder la desigualdad que existe entre varones y mujeres, utiliza una clave política y, por lo tanto, dice que, en realidad, el feminismo va contra una política que es la política sexual –que es como llama Kate Millet a la relación, a la política sexual, por otro nombre patriarcado– que rige la relación entre los sexos. Y se propone abolir el patriarcado, más o menos en 6 meses, no sé si me explico.

Sí. En aquellos benditos años, todas hemos asistido a reuniones, las que calzamos más años a más reuniones, en las que se decía: «Vamos a ver, escríbase ahí que pretendemos la abolición del patriarcado». Siempre había alguna que decía «¿Cuándo?» Y claro, nos daba la risa. Respuesta: «Bueno, esto por sus pasos», como todo en esta vida. Porque es que resulta que es un sistema muy antiguo, es venerable, es sumamente fuerte y tiene una capacidad de reconstrucción que parece biológica. Me explico. Igual que si te haces una herida más o menos es pequeña en dos o tres días se recupera, al patriarcado tú parece que siempre le estás arañando la superficie. Donde has logrado algo, de repente aquello ya sanó. Y la autoridad que existía ahí se reconstruye. Pero hemos ganado muchas cosas. La presencia en el ámbito de lo público-político ha hecho cambiar los esquemas de derechos civiles y declararlos, al menos formalmente, igualitarios.

Pero claro, ¿cuándo se presenta la autoridad? Cuando tú ya tienes derechos educativos, derechos políticos y has logrado los

derechos civiles. Ya tienes los mismos insumos educativos, ya cumples las condiciones meritocráticas. Y entonces, ¿qué haces? Las cuentas. En los años ochenta empiezan los conteos. El feminismo, gran parte del feminismo y sobre todo el feminismo que se dedica a la estadística, lo que empieza a hacer son conteos: ¿cuántas mujeres hay y dónde? Y te empiezan a aparecer sorprendentes cifras.

En todos los poderes, más o menos, la presencia de mujeres oscila entre el 1% y el 4%, a pesar de tener los mismos insumos educativos, a pesar de tener igualdad de derechos civiles, y a pesar de tener, se supone, plena capacidad de ciudadanía política. Pero siguen a título de perfecta excepción.

Entonces, realizados los conteos, se hace un diagnóstico que recordamos perfectamente. En todas las grandes organizaciones, incluso en las pequeñas organizaciones, parece existir la siguiente estructura: en las grandes organizaciones, las mujeres ocupan el 50% ó 60% del escalón más bajo de la organización. En el escalón medio, están representadas entre el 20% y el 30%, y, en el superior, entre el 1% y el 4%, porque nunca pasan la barrera final. Y para eso se acuña una expresión que yo creo que quien la haya acuñado se merece un diploma, porque, igual que en la física tú acuñas conceptos, en la política obviamente sin conceptos tampoco puedes vivir. Es la expresión «techo de cristal». Hay un techo de cristal, y está pasando algo. Porque las mujeres no suben.

¿Cómo lo explican las organizaciones? «Ah, nosotros no hacemos nada, hacemos lo que hemos hecho siempre.»

En el fondo es: «Mirad chicas, esto es una democracia, vais a la facultad, mirad chicas, tenéis hasta patria potestad, pero mirad, chicas, lo que no vamos a decir es que seguís siendo las que erais. Y no sois iguales que nosotros. Y no hay más que contar. Pero no os lo vamos a decir porque esto último es muy feo. Y además, en democracia esas cosas no se dicen. Se dice simplemente que esto es así y que no sabemos porqué pasa.»

Realizados los conteos, se ve que hay unos ámbitos, donde estos conteos son siempre iguales. La política, el poder público y político. El poder económico y empresarial. El sistema del saber poder. La creatividad, por descontado. Los medios de comunicación. Y la religión.

En ninguno de estos poderes, las mujeres llegan jamás a la cúpula. ¿Qué se hace? El movimiento feminista se divide. ¿Recuerdan el terrible debate entre única militancia o doble militancia? Pero es un debate que se cierra en los ochenta, cuando se dice: «Pero es que hay que conseguir objetivos».

¿Qué es lo que se nos ocurre? Tomamos un sistema que no está pensado para nosotras, que es el sistema de cuotas. Es un sistema previsto por la democracia, pero no pensado para nosotras. Me explico por qué previsto *por* y no pensado *para*.

Previsto por, porque en una teoría desarrollada de la democracia, por ejemplo la teoría de la justicia de Rawls, forma parte del *maximin*, es decir, en situación de velo de ignorancia y cualquiera querría obtener lo más que pudiera dentro del mínimo a re-

partir y solo querría una excepción a esta regla si, partiendo de una deficiencia, quisiera llegar al mismo resultado. O sea, solo aceptaríamos una discriminación que no quitara algo a alguien, sino que diera a alguien algo que no tiene. Y esos son los sistemas de discriminación positiva que parten del principio de maximin de la teoría de la justicia política de Rawls.

¿Para qué han sido utilizados estos sistemas? Para minorías. Por ejemplo, discapacitados, minusválidos, negros, hispanos, lo que fuera. Es en los años 60-70 con las políticas sobre todo demócratas, y en Estados Unidos –porque todo esto viene, de alguna manera de allí– aceptan que, para romper algunas situaciones esclerotizadas, que impiden progresar a las minorías, admitirán un sistema de cuotas.

¿Qué significa una cuota? Que alguien te da algo que tú no tienes. Esto supone, por ejemplo, que si tú perteneces a una minoría, puedes entrar en una universidad de élite con una nota de corte menor. ¿Por qué? Porque hay una reserva de cupo. Por ejemplo, el sistema del magisterio francés. No queremos que los niños y niñas, los infantes, crean que en la escuela solo las mujeres educan. Por lo tanto, vamos a tener tantos maestros como maestras. Por lo tanto, va a haber un tercio de plazas reservadas para chicos, aunque saquen peor notas en la oposición que las chicas. Eso es discriminación positiva, es decir, la que te da algo que tú no tienes.

Cuando nosotras empezamos a decir que queríamos sistemas de cuotas, ¿cómo se nos respondió? «¿Ves?... claro, pobres, si es evidente, son inferiores, lo reconocen

ellas mismas, al pedir una cuota. No cumplen con lo que hay que tener y, por lo tanto, hay que hacerles una discriminación positiva».

A mí no me han discriminado positivamente en mi vida. Me han discriminado siempre por lo normal, o sea, como a todas las demás. La discriminación positiva es que te den algo que no tienes. Es decir, que a ti te eximan de la regla general. ¿A alguna de ustedes las han eximido de la regla general por ser mujeres? ¿o les han pedido un poquito más? Más bien esto segundo suele ser lo normal.

¿Dónde está la confusión? En el fondo, la confusión venía bien. Primero, nosotras no conocíamos el sistema tan bien como para llamar a aquello de otra manera, de forma que nosotras mismas le llamábamos cuotas. Y a quien estaba enfrente, como no estaba de acuerdo, le valió simplemente para organizar una polémica que era realmente de una bajura extraordinaria –no solo hay polémicas de altura, las hay de bajura– que era la polémica entre las “mujeres-cuota”, y “la que vale, vale”. O sea, las mujeres que habían logrado realmente entrar, por ejemplo en los Parlamentos porque empezó a calcularse una cuota de presencia en las listas, estas eran las cuotas y estaban allí... ya se sabía por qué. No se lo merecían, por supuesto. Y, enfrente, las mismas que empezaban a entrar decían: «No, pero yo estoy porque valgo». Entonces, estaban las cuotas y las que vale, vale. Una cosa terrible. Esta bonita confusión duró casi diez años. Eso si no hay alguna que todavía la tenga en la cabeza, porque de vez en cuando todavía oyes a alguna que dice: «Yo valgo mucho, por mí mis-

ma». Lo cierto es que, cuando alguien vale, lo suele tener que decir otro. Todas las cosas de la comunicación son muy molestas.

¿Qué ocurrió? Cuando yo me pongo a mirar todo esto, en los dos proyectos, lo que veo es que el problema es que estamos utilizando la explicación y la conceptología de un recurso de la democracia que no está pensado para nosotras, sino para minorías, y nosotras no somos ninguna minoría. Somos la mitad de la ciudadanía.

Y está pensado para aquellos que tienen que salir de una situación de discriminación en razón de que pertenecen a una comunidad, pero las mujeres estamos repartidas por todas las comunidades. Luego no podemos seguir llamando discriminación positiva a esto, de ninguna manera, ni podemos seguir argumentando, como han tenido que argumentar las minorías étnicas, dentro de una democracia, porque no somos una minoría.

De ahí que tengamos que encontrar una terminología nueva y distinta, una terminología que realmente nos aclare qué estamos haciendo. Y a mí me parece que «paridad» es justamente el término que explica. ¿Cuál es, digamos, la agenda? La agenda es paridad. ¿Qué significa? Que a igualdad meritocrática, queremos resultados iguales. Simplemente.

No nos falta nada, pero entonces ¿por qué hay techo de cristal? Porque, en alguna parte de la estructura, es obvio que el talento femenino está siendo eliminado. Por lo tanto, lo que queremos es que la estructura sea imparcial con nosotras. No que nos dé nada, no, no. Que no nos quite. Es decir,

queremos obligar a la estructura a practicar la imparcialidad que dice que practica. Para lo cual, vienen muy bien representarse las cosas en términos de poder.

Bien, la cosa es: si la estructura consigue siempre estos resultados, es que hace algo. Entonces, hay que meterse a la microfísica del poder. No vale ya simplemente con pensar el poder en general, sino que de algo nos tendrá que servir ese bonito concepto de Foucault, al fin y al cabo. A mí lo de microfísica me parece bien.

¿Qué cantidad de maniobras que no conocemos son realizadas en una estructura, de tal manera que las mujeres no consigan permearla hasta los puestos superiores? Tiene que haber muchas complicidades para que tan sistemáticamente se reproduzca, porque el resultado es estadísticamente inverosímil. No te puede pasar que tengas en este momento 60% de las mujeres en la universidad, que ellas obtengan iguales o mejores calificaciones, que tengan más diplomas, y que no estén en las cúpulas de nada. Entonces es cuando aparece la metáfora geológica, el sistema siempre tiene respuesta y la respuesta es que esto es «con el tiempo». ¿Y cómo fue lo del tiempo?, una se pregunta. Y la respuesta es: «Pues es como el tiempo, esto es como la geología: los Alpes no se elevaron en un día, sino poco a poco, y a medida que seáis más...». «¿Más del 60% desde hace ya casi 20 años?» «No, pero que vayáis entrando más por debajo; si al final los Alpes se elevaron”. “Algo se elevan, pero claro por arriba hay una erosión porque ahí no sube nadie. ¿No será más bien el sistema? Vamos a ver cómo funciona el sistema».

Y resulta que te das cuenta de una cosa. En los sistemas ciegos, las mujeres obtienen siempre mejores resultados que los varones: 60-40, es decir, lo esperable de su formación. ¿A qué le llamamos sistemas ciegos? A sistemas de oposiciones en los que realmente tú firmas con un número y alguien aprueba o desaprueba el ejercicio que acabas de hacer. En los sistemas ciegos las mujeres consiguen resultados a tenor de sus méritos.

Pero claro, es que no hay oposiciones a sabios, no hay oposiciones a influyentes, no hay oposiciones a gobernantes, no hay oposiciones a Papa, no hay oposiciones a jefe de la banca internacional. Todos esos puestos no son sistemas ciegos. Al contrario, más bien son colegios estables. Es decir, reuniones estables de gente cargadas de complicidades entre sí, que conocen perfectamente unos a otros, y que no buscan a nadie disonante. Y ser mujer está demostrando ser muy disonante.

A ese mecanismo por el cual uno toma al similar, le llamamos cooptación, y todos los grandes poderes montan sus cúpulas por cooptación. Tú eliges lo similar y, además, no solo eliges lo similar, porque, en el momento que esa persona entra, tiene que admitir todos los sobreentendidos del órgano en el cual ha entrado y no resultar disonante. Porque la transmisión misma de la autoridad de ese poder quedaría severamente comprometida si quien entra allí no conoce las reglas del juego.

Es evidente, pues, que en el sistema de cooptación las mujeres están muy mal colocadas, son unas advenedizas, pueden no conocer las reglas del juego, y, si no las co-

nocen, pueden convertirse en un punto hemorrágico. Realmente, por allí se puede ir la autoridad de la institución. No, no conviene realmente. De ahí que sean instituciones tan resistentes a la presencia femenina.

Si utilizamos el registro paridad, entenderemos mucho mejor nuestra agenda. Y con esto voy a concluir. El registro paridad nos dice: lo que queremos son resultados iguales a insumos iguales. Lo que en una democracia siempre es presentable, porque tú no pides ni siquiera que te apliquen el *maximin*, quieres que te apliquen las reglas que a todos los demás, porque resulta que no te la están aplicando. Quieres poner la luz sobre la microfísica que te está apartando y, por lo tanto, quieres estudiar de cerca los sistemas de cooptación. Esto es muy difícil porque las corporaciones colegiales son sumamente opacas y cerradas, no enseñan su funcionamiento. A veces ni siquiera ellas son conscientes de que tienen funcionamiento. Pero desde luego hay algo que las delata. Cuando cooptan a una mujer, ésta lo primero que suele decir es: «Yo nunca me he sentido discriminada». Siempre. A lo que tienes que responder: «Fulanita tiene un déficit cognitivo de narices, porque a todas, desde que nacimos, alguna vez nos han discriminado; o bien Fulanita acaba de bajar del cielo y no ha vivido la vida corriente.»

Pero es así, forma parte de la regla del juego. Cuando ponemos paridad delante, entonces sabemos qué es lo que queremos. Es una pretensión humilde: queremos la mitad de todo lo que haya. Pero no va a estar fácil.

Porque es que además, al ser esta una marcha, donde hay una vanguardia, una parte del medio y una retaguardia, siempre nos pueden decir cosas como: «Pero, ¿qué hace la vanguardia ocupándose solo de sí misma, ahí queriendo el poder? ¡qué cosa más fea! Con la cantidad de mujeres que hay traficadas, violadas, golpeadas, fastidiadas. Esas son de las que os tenéis que ocupar». «Ocúpate tú, Carlitos, puesto que, igual que yo, tú notas hasta qué punto eso es injusto.»

La división del trabajo es muy buena para todo y el poder es un tipo de trabajo que también tenemos que hacer. Porque, además, probablemente alguna regla del juego sí podremos cambiar para perfeccionar la democracia, que mientras nos siga excluyendo, no es lo que debe de ser. Y la democracia tiene como destino ser perfecta, lo logremos o no.

Alguna vez puede que desaparezca la humanidad de la tierra, pero cuanto más nos hayamos logrado acercar al ideal de nacer y ser libres e iguales, más habremos cumplido un destino de honor sobre la tierra, porque es lo más bello que existe: la libertad.

Y, termino. ¿Qué hacer con lo que llamamos ya directamente paridad? Queremos paridad en las listas electorales, queremos paridad en los gobiernos, en los gabinetes... Algunas cosas vamos consiguiendo, pero, como le oí decir una vez a Cristina Perceval: «Qué curioso que las mujeres estamos entrando en el momento en que el descrédito de la política es mayor».

Hay cinco ámbitos que siguen igual de impermeables: uno, el sistema del saber-po-

der, ¿cuántas catedráticas hay? Yo no sé en sus países, pero en España les puedo decir que lo de ser catedrática no debe estar muy fácil, porque me parece que somos el 12%, lo cual quiere decir que el 88% no... y el 88% es mucho, ¿no?

Dos, la gran banca, y las grandes empresas que cotizan en el IBEX. Me parece que nuestra presencia últimamente está entre el 8% y el 11%, y muchas de estas presencias es por cartera, es decir, que si tú eres la heredera de los valores familiares, ¿cómo no vas a estar en el consejo de administración, obviamente?

Tres, en los medios de comunicación. Yo he dirigido dos tesis doctorales, las dos sobre la presencia de las mujeres en la parte de arriba de los medios de comunicación y es del 4%.

Cuatro, en la creatividad. ¿Cuántas son las mujeres que tienen un cuadro en un museo?, ¿cuántas compositoras pueden estrenar una de sus composiciones? En las facultades de Bellas Artes, el 70% del alumnado es femenino. ¿Saben cuántas exposiciones hizo el propio Ministerio de Cultura español, hasta hace 4 años, que fueran mujeres quienes exponían?: el 3%.

Porque claro, la creatividad, el genio... Como mucho, seremos eruditas, es decir, una gente que, como mosquitas, va aprendiendo cosas, porque sabemos repetir, como los loros, pero, ¿cuándo vamos a poder ¡crear! Como decía Schopenhauer, en la definición del genio: «Tiene talento quien es capaz de repetir lo que ha oído, y genio aquel que es capaz de hacer que todos tengan que repetir lo que él haga.» Ah,

no, no, ¡qué vamos a tener de eso nosotros!

Entonces el problema es que todas estas grandes instituciones, en realidad, son justas, porque, como dicen, es que aquí, prima el criterio de igualdad. Perdona muchacha, pero está interrumpido, aquí nos jugamos la excelencia. Y si no llegáis a la excelencia, ¿no tendríais que conformaros con la igualdad política?

Bueno, la excelencia y la cercanía a Dios Todopoderoso. Porque hay otras muchas organizaciones que tampoco son muy permeables a la presencia de las mujeres. ¿Cuántas hay en la curia romana? No las he contado, porque en las fotos no salen mucho ¿no? Es decir, la religión, la cercanía a Dios, parecen exigir alguna condición que no cumplimos.

Muchas veces cuál puede ser esa condición, y cuando pienso la que imagino que es, me parece tan poco condigna con la divinidad, que me da vergüenza citarla. ¿Cómo va a ser que lo que alguien cuelga donde le cuelga vaya a acercarle a Dios? Por favor, no puede ser. Mi idea de Dios y la idea de lo que cuelga no se componen. Ya Aristóteles decía que hay ideas que no componen; bueno, pues a mi ésta no se me compone.

Por raro que nos parezca, estamos empezando el camino de la libertad. Y el camino de la libertad y el camino de la democracia son el mismo, pero lo estamos empezando. Hemos adquirido lugar en lo público-político y tenemos que utilizarlo. Y va a ser muy difícil porque estos ámbitos, que han de serlo de paridad, son extraordinariamente resistentes. Ahora se refugiarán en la excelencia. Pero vean entonces, para lograr lo que logran, la cantidad de talento que trituran, que avergüenzan y que destrozan.

No solo es cierto sino que a veces lo decimos: «Es que la Humanidad no puede vivir sin la mitad del talento femenino.» ¡Vamos que si puede! Puede perfectamente y es lo que ha hecho siempre. Y hay mucha gente que sigue pensando que se puede seguir así. Claro que puede, pero no debe porque, para lograr esto, se pone en marcha una máquina trituradora que está acabando con las mejores. Y realmente castigándolas a ser y a vivirse y a entenderse como unas amargadas, y siendo menos de lo que son y menos de lo que merecen. Hay mucha amargura en esta dinámica del poder que es tan perversa. Y no hay derecho, no hay derecho a ello.

Y esto es todo lo que quería deciros. Muchas gracias.